
Humanismo y antihumanismo

Razones y sinrazones de un falso dilema

Manuel Arranz

Que el humanismo está en crisis es, creo yo, algo incuestionable. El hecho de que se vuelva a hablar de él es un síntoma inequívoco de crisis. E incluso, pudiera ser que fuera algo más que una crisis. Quizás porque también es, o mejor dicho fue, algo más que una ideología, entendiendo esta palabra en un sentido muy amplio, en el sentido, por ejemplo, que podríamos decir del romanticismo que fue una ideología, lo que seguramente es el caso en ambos casos. Sin embargo, no estoy seguro de que las explicaciones de Edward W. Said sobre las razones del antihumanismo y la decadencia del humanismo que nos brinda en su libro póstumo (*Humanismo y crítica democrática. La responsabilidad pública de escritores e intelectuales*. Random House Mondadori, Barcelona, 2006, edición original inglesa de 2004) sean del todo convincentes. Quizás pequen de esquemáticas, aunque eso no sería un defecto grave, y en cualquier caso sería subsanable. Hay sin embargo en esas explicaciones algunos puntos discutibles, algunos puntos débiles

u oscuros que conviene dilucidar, pues yo creo que comprometen toda la argumentación y nos hacen quizás malinterpretar su sentido final. Explicaciones que no explican lo que pretenden explicar sino que, como la mayoría de las explicaciones no solicitadas, y muchas también de las solicitadas, vienen a justificar posiciones ideológicas previas. Pero veamos un resumen de esas tesis:

Debemos recordar que el antihumanismo arraigó en la escena intelectual estadounidense debido en parte al rechazo generalizado hacia la guerra del Vietnam. Parte de ese rechazo supuso la aparición de cierto movimiento de oposición al racismo, al imperialismo en general y a las áridas humanidades académicas que durante años representaron una actitud ante el presente apolítica, apartada del mundo y ajena al mismo (en ocasiones incluso manipuladora), al tiempo que ensalzaba con rotundidad las virtudes del pasado, la inalterabilidad del canon y la superioridad del «como siempre hemos hecho»; una superioridad, vale decir, ante la perturbadora aparición en la escena académica e intelectual de realidades tales como los estudios sobre mujeres, etnias u homosexuales, los estudios culturales y poscoloniales y, por encima de todo, en mi opinión, cierta pérdida de interés en la esencia de las humanidades a causa de sus vicios. El carácter central de los grandes textos literarios se veía ahora amenazado no solo por la cultura popular, sino también por la heterogeneidad de disciplinas –como la filosofía, la política, la lingüística, el psicoanálisis y la antropología– sublevadas y advenedizas. Todos estos factores pueden haber contribuido en buena medida a desacreditar la ideología del humanismo, cuando no también su práctica comprometida (Edward W. Said, *op. cit.*, p. 33).

Hablemos, para empezar, una vez más, de Vietnam, punto de inflexión de tantos análisis sobre el imperialismo americano. Said, lo ha dicho con antelación y lo repite ahora, está hablando fundamentalmente de los Estados Unidos, aunque *el rechazo generalizado*

hacia la guerra de Vietnam no fue ni mucho menos un fenómeno exclusivamente americano. Más bien todo lo contrario. El problema, y lo único que nos importa ahora para nuestra argumentación, es que ese rechazo pudo tener motivos distintos en Europa y en América, y que incluso se produjo por motivos distintos, cosa que aunque parezca lo mismo, no lo es. En los Estados Unidos, por lo que sabemos, el rechazo fue cada vez mayor a medida que la guerra se prolongaba y aumentaban las bajas norteamericanas. Es decir, hay bastantes probabilidades de que una victoria fulminante no hubiese producido tanto rechazo, sino más bien todo lo contrario. De hecho es lo que suele suceder siempre, con independencia de los motivos de las guerras. Detrás de las manifestaciones contra la guerra del Vietnam no había solo progresistas que denunciaban el imperialismo salvaje de su país, como quiere creer Said. Posiblemente esos no fuesen más que una minoría, como suele suceder. Y segundo punto: que esos ánimos razonablemente exaltados se volvieran contra las apolíticas humanidades resulta, cuanto menos, dudoso. «Los estudios sobre mujeres, etnias u homosexuales, los estudios culturales y poscoloniales y (...) cierta pérdida de interés en la esencia de las humanidades a causa de sus vicios», tampoco explican, a mi juicio, la reacción antihumanista. En primer lugar, no creo que ninguno de los estudios que cita Said como ejemplo se opongan a la esencia del humanismo, y en segundo lugar habría que examinar esos *vicios* de que habla, término con el que supongo se refiere a «las virtudes del pasado, la inalterabilidad del canon y la superioridad de la tradición», que seguramente para otros autores serían más virtudes que vicios. Cuando entramos en el terreno del reconocimiento de los derechos de las minorías, hay que andarse con sumo cuidado, pues un derecho político mal entendido, y muchos lo son, puede convertirse fácilmente en una aberración cultural. Por lo demás, hablar de los *abusos del humanismo*, como hace Edward W. Said, es un flagrante contrasentido. Algo así

como hablar de los abusos de la justicia, o, terreno este más resbaladizo, de los abusos de la libertad.

Las razones del antihumanismo en las universidades hay que buscarlas seguramente y naturalmente en las universidades, donde la enorme influencia durante aquellos años de las obras de Foucault, Derrida, Lyotard, o Baudrillard, por citar solo a los más representativos de los mal llamados filósofos posmodernos, hacía estragos en los últimos y prácticamente testimoniales reductos de un humanismo sospechoso de idealismo, metafísica, y subjetivismo, es decir, de todas las lacras que la cultura de masas abominaba por entonces. Porque el humanismo hacía ya tiempo que había abandonado la sociedad, para refugiarse en las universidades, y, en consecuencia, no fue desalojado de la sociedad, sino de las universidades. Universidades que hoy en día, como dice Masao Miyoshi, citado por Said, «han quedado sumidas en las prácticas empresariales y hasta cierto punto han sido anexionadas por los intereses militares, médicos, biotecnológicos o empresariales, que se muestran mucho más proclives a financiar proyectos en el ámbito de las ciencias naturales que en el de las humanidades» (Edward W. Said, *op. cit.* p. 34). Esto es indiscutible, y yo no estoy muy seguro de que haya que lamentarlo, y ni siquiera de que haya que ver en ello la explicación del declive de las humanidades. Las humanidades son algo más que un prometedor futuro profesional. Y con prometedor nos referimos a lucrativo naturalmente. Creo más bien que el declive de las humanidades, cuyo campo de estudio por decirlo así era la cultura, o un determinado concepto de cultura si se prefiere, y los valores que esta transmitía, entre los que hay que contar en los primeros puestos a la libertad y la verdad, tiene que ver precisamente con la pérdida de esos mismos valores y su consiguiente descrédito, o quizás viceversa. Lo hemos oído muchas veces, cuando todo es cultura nada es cultura, cuando todo vale

lo mismo nada vale nada. La máxima *más es menos* no tiene nada de crítico. Las humanidades se han vaciado de sus contenidos tradicionales, todas aquellas zarandajas sobre el canon literario y la cultura clásica, y se han llenado de otros nuevos más acordes con los tiempos, como los estudios étnicos y postcoloniales, por limitarnos a los que mantienen una cierta dignidad. El problema es que todas aquellas zarandajas constituían un sólido cuerpo doctrinal que formaba un tipo determinado de ciudadano para el que las palabras honor, responsabilidad, respeto, o dignidad, que hoy nos suenan a rancios arcaísmos, tenían un significado inequívoco (véase a este respecto el libro de Rob Riemen, *Nobleza de espíritu. Tres ensayos sobre una idea olvidada*. Barcelona, Arcadia, 2006). Y también lo tenían en la sociedad, es decir, movilizaban a la acción, por lo que considerar a las humanidades vacías de contenido político es, por utilizar la terminología de Said, un reduccionismo más, como cualquiera de los que él denuncia. Hoy, en cambio, las humanidades forman expertos en determinados campos a mismo título que cualquier otro tipo de expertos. Expertos que, en el mejor de los casos, no conocen más que su especialidad. Y no sé si la decadencia del humanismo, de sus valores estéticos y éticos, hay que achacarla al triunfo de las democracias populares, otro absurdo y vulgar reduccionismo a juicio de Said, pero lo que parece incuestionable es que en las democracias populares el humanismo ha desaparecido sin dejar rastro. A no ser que tengamos una peculiar idea del humanismo. Said ridiculiza «a los excéntricos intelectuales conservadores ingleses como Wells, Kipling, el grupo de Bloomsbury o D. H. Lawrence» (Edward W. Said, *op. cit.*, p. 40), evidentemente una elite intelectual a la que debemos algunas de las obras maestras de la literatura universal. Pero de lo que no parece ser consciente es de que sus preferidos Rabelais, Aretino, Montaigne y Tomás Moro, también pertenecían a una elite intelectual, y que hay más similitudes entre ambos grupos

de las que parece a simple vista. Incluso me atrevería a decir que todos pertenecen al mismo club.

Solo hay una cosa más fácil que ridiculizar al humanismo elitista, y es ridiculizar al humanismo populista. Si alguien dijera que el humanismo es algo antidemocrático, exclusivo de las clases ricas y poderosas, oscurantista, acrítico e intolerante, pensaríamos que había tomado al humanismo por algún tipo de fundamentalismo. Y sin embargo, cuando se dice que es «democrático, abierto a todas las clases y trayectorias sociales, y entendido como un proceso de revelación, descubrimiento, autocrítica y liberación» (Edward W. Said, *op. cit.*, p. 42), oponiéndolo así al humanismo de los *excéntricos intelectuales conservadores*, como hace Said, no se está diciendo otra cosa. Porque si hay un humanismo bueno y otro malo, entonces quizá también haya una democracia buena y otra mala. Y no creo, sin embargo, que pueda haber dos ideas tan diferentes del humanismo o de la democracia que lleguen hasta enfrentarlos. Lo que son diferentes son los hombres que defienden esas ideas, y hay hombres que defendiendo las mismas ideas pueden llegar a ser enemigos entre sí, y otros que defendiendo ideas opuestas están defendiendo lo mismo. Por cierto, supongo que a Chesterton, al que no cita Said, habría que situarlo entre los *excéntricos intelectuales conservadores*, aunque yo imagino que tampoco estaría a disgusto en la compañía de Rabelais o de Montaigne.

Segundo punto: Todo lenguaje se ve revitalizado por cambios» (Edward W. Said, *op. cit.*, p. 43). Pues bien, ni siempre, ni necesariamente. En ocasiones, aprovechando la metáfora organicista de Said, los cambios desvitalizan más que revitalizan. Si hay un fenómeno indiscutible y característico de la segunda mitad del siglo XX, un fenómeno en el que la mayoría de lingüistas y filólogos se muestran unánimes, es en el salvaje empobrecimiento del lenguaje, aunque quizás la palabra justa fuera bárbaro. Recurrir a Eurípides y a Bach para defender el empuje de lo nuevo sobre lo viejo suena

casi a sarcasmo. No preguntaré dónde están nuestros Eurípides y nuestros Bach, ejemplos para Said de revitalización del lenguaje, porque quizás a alguien se le pudiera ocurrir contestar. Canon, esa bestia negra de los estudios multiculturales, significa, ni más ni menos, clásico, y hay pocos autores más fuera de toda sospecha y que hayan hecho más por el humanismo en nuestros días que George Steiner (véase al respecto su libro *Lecciones de los maestros*, traducido por María Condor, Madrid, Siruela, 2004), un acérrimo defensor del canon y del clasicismo. Por cierto, tampoco lo suele citar mucho Said. La dicotomía entre un nacionalismo bueno y otro malo, es decir, entre la protección o el fomento de la lengua, cultura y tradiciones autóctonas por un lado, y la xenofobia y la intolerancia por otro, es una dicotomía falsa, como lo eran también la supuesta distinción entre dos humanismos, dos democracias, o dos de lo que sea que sean la misma cosa. Y es falsa porque las ideas no son nunca puras. Uno no puede defenderse sin atacar, así que tendrá que correr el riesgo de ser injusto o perecer. Recordemos que Sócrates decía preferir ser víctima de una injusticia a cometerla, una idea ésta con una larga tradición. Hace tiempo sin embargo que se prefiere lo contrario. Pero de nuevo la alternativa no está entre sufrir una injusticia y cometerla. Se pueden evitar ambas cosas como se pueden cometer ambas cosas. Se puede cometer una injusticia y ser víctima de otra, e incluso, en ocasiones, de la misma.

El sentido crítico no es por lo que se distinguen precisamente las masas, mientras que por la pasión sí. Esos movimientos ciudadanos espontáneos, de los que tanto se habla últimamente, que se echan a la calle exigiendo saber la verdad, no son ni tan espontáneos ni les interesa tanto la verdad como quieren hacer creer. Yo creo que Said comete un catastrófico error al juzgar la literatura «comprometida políticamente con la realidad», como se suele decir, y él mismo solía decir. Por eso privilegia a unos autores en detri-

mento de otros, y así llega a decir que se puede y se debe seguir leyendo a Dickens, pero que no se debería seguir leyendo a Kipling. Sin comentarios. Por poner un solo ejemplo de esta curiosa teoría con tantos adeptos hoy en día, el caldo de cultivo de *Moby Dick* no eran las duras condiciones de trabajo de los balleneros y su terrible vida. Melville no pretendió con su novela denunciar nada de eso, y leer así la novela nos priva de su verdadero alcance y sentido. Sencillamente se informó para construir su trama y hacerla verosímil, como se informó cuando escribió su famoso *Bartheby*. Pero ni los balleneros ni los escribientes le consideran su santo patrón, que yo sepa. No me cabe la menor duda de que, como dice Said, conceptos tales como «ideología», «inconsciente», «estructuras de percepción», «angustia», y muchos otros más pueden contribuir a explicar y entender una novela; pero a la vez me temo que si leo así a Henry James, por ejemplo, muy pronto dejaría de interesarme. Y así como es algo generalmente admitido que en el arte no hay progreso, sí evolución pero no progreso me adelanto a puntualizar, me atrevería a decir que en la crítica literaria tampoco. Es cierto que unas interpretaciones suceden a otras, y que cambian las perspectivas y los puntos de vista de los estudios literarios, pero en ningún caso puede hablarse de superación. Por eso se sigue leyendo a Fry, a I. A. Richards, e incluso a Hazlitt, y siguen interesando sus interpretaciones críticas tanto o más que las actuales. Prosigamos:

... leer a un autor como Conrad consiste en primer lugar en leer su obra tratando de adoptar la mirada del propio Conrad, lo cual supone tratar de comprender cada palabra, cada metáfora, cada frase, como algo que Conrad escogió deliberadamente porque las prefería a toda una serie de posibilidades diferentes. Gracias a que hemos visto los manuscritos de sus obras, sabemos sin duda la laboriosidad y dedicación que ese proceso de composición y elección suponía para él; por tanto, como lectores nos corresponde realizar un esfuerzo similar para, por así decirlo, adentrarse

en su lenguaje con la profundidad necesaria para comprender por qué lo formuló de ese modo concreto, con el fin de comprender cómo se elaboró (Edward W. Said, *op. cit.* p. 86).

Nada más lógico. Supongo que estarán de acuerdo. Y quien dice Conrad, dice por supuesto Proust, Tolstói, Dostoiewski, Balzac, James, en fin, quien se les ocurra que haya creado una obra sólida y consistente. La primera conclusión de este párrafo de Said es que nadie ha comprendido nunca las obras de esos autores. La segunda es que el proceso de creación es una especie de ecuación matemática de una exactitud meridiana. La tercera es que una obra tiene un significado fijo e inamovible que se trataría de desentrañar. Y naturalmente, si el párrafo citado es cierto para la literatura, debe de serlo también para la pintura o la música. Debemos ser capaces de comprender cada nota, cada sonido, cada pincelada, cada color, como algo escogido deliberadamente de un amplísimo abanico de innumerables posibilidades. Pero hay además otra conclusión que podemos extraer de ese párrafo, y que contradice una de las ideas básicas de Said, que por lo demás no pierde ocasión en sus ejemplos de poner siempre en plano de igualdad a «Wagner y Armstrong, o Ana Karenina, una misa luba y el Taj Mahal», lo que equivale, a nuestro entender, a igualar *La ver-bena de la Paloma* con *Tristan e Isolda* o a Mozart con Camarón de la isla. Y la conclusión es que solo podemos comprender cabalmente las obras que pertenecen a nuestra tradición cultural.

Con los estudios humanísticos, al menos en los Estados Unidos, por lo que sabemos, se ha producido un curioso fenómeno. La masiva aparición en las aulas de inmigrantes, grupos étnicos, mujeres, y colectivos homosexuales, ha producido cambios sustanciales en las disciplinas académicas. Al parecer, el humanismo no era un corpus estable de conocimientos, sino algo más parecido a un traje a medida. Para Said en cambio este es un saludable

síntoma de que «la nueva generación de humanistas académicos sintoniza más que en cualquier otra época anterior con las energías y corrientes no europeas de nuestro tiempo, fundadas en las diferencias de género, descolonizadas y periféricas» (*op. cit.*, p. 69). No hace falta decir que las palabras clave en esta frase son *género*, *descolonizadas* y *periféricas*, pero también la palabra *sintoniza* es muy significativa. La siguiente frase de Said lo explica todo:

Pero tenemos derecho a preguntar qué significa esto en realidad. Sobre todo significa situar la crítica en el propio corazón del humanismo, entender la crítica como forma de libertad democrática y como ejercicio de continua puesta en cuestión y acumulación de un conocimiento abierto a las realidades históricas constitutivas del mundo a que dio lugar la guerra fría, de su anterior constitución colonial y del alcance escalofriante global de la última potencia que prevalece hoy día (*op. cit.*, p. 69).

Yo creo que está claro. Para Said los términos *humanismo* y *democracia* son sinónimos y pertenecen al mismo universo conceptual. Para él, el humanismo es encuentro, interacción, compenetración, diálogo, y cuantos sinónimos se nos ocurran, de todas las tradiciones culturales en el mismo pie de igualdad. Y no hace falta decir que al elegir los términos con que calificamos algo, ya hemos emitido nuestro juicio sobre ello. Pero resulta que el humanismo es, históricamente, una tradición cultural entre otras muchas. Por ejemplo la ilustración fue otra, y el romanticismo otra, y ambas tienen poco que ver con el humanismo, a no ser que las subsumamos al mismo, como sospecho que hace Said.

El mérito que, a nuestro juicio, tienen dos incuestionables intelectuales como son Richard Rorty y Michael Ignatief, a los que Said critica por liberales, y en definitiva por tanto por contemporizadores con el *statu quo*, es que han sabido ver la enorme complejidad del escenario político y han extraído lecciones de la historia.

Indudablemente las posiciones simplistas consiguen siempre muchos más adeptos, y la de Said, hay que reconocerlo, en ocasiones lo es. Un ejemplo. Las grandes multinacionales financian las campañas electorales, de modo que tienen cautivos a los gobiernos que de este modo no pueden adoptar ninguna medida que las perjudique, teniendo que aceptar sus condiciones o renunciar a un apoyo que les llevaría directamente a la oposición. ¿Qué tienen que hacer entonces los intelectuales? Elemental: denunciar, desenmascarar, combatir, rebatir, boicotear, y algunos verbos más de similar cariz, cuantos hechos de esta guisa se tropiece, y se puede encontrar uno para cada día del año sin esfuerzo. El problema es que las cosas no son tan sencillas, y ya ni siquiera lo parecen. Otro ejemplo. La industria de la información está en manos de unos pocos grupos de presión con intereses afines, por supuesto financieros, que tergiversan las noticias creando así corrientes de opinión que favorecen a su clientela. ¿Qué tienen que hacer los intelectuales? Pues lo mismo que en la situación anterior: denunciar, desenmascarar, combatir, etc., etc. Y lo mismo también que en la situación anterior, las cosas no son tan sencillas. Al simplificar las cosas de este modo: unos detentan el poder y otros lo sufren, unos mienten y otros dicen la verdad, corremos el riesgo de sacar conclusiones equivocadas. En el mundo de hoy ya no está tan claro quién es un asimilado y quién un disidente, qué discurso contribuye al mantenimiento del *statu quo* y qué discurso lo dinamita. Ni siquiera está claro que sea mejor una cosa que la otra. La función del intelectual es infinitamente más compleja que en el pasado, y los riesgos tanto de ser malinterpretado como de equivocarse, infinitamente mayores. El mero uso de los llamados medios alternativos, en contraposición a los oficiales o seudoficiales no garantiza en modo alguno la independencia del discurso. Incluso el propio concepto de independencia hoy debe ser sometido nuevamente a examen. No todo lo que se hace al margen de los canales oficiales, televi-

sión, radio y prensa, es labor de intelectuales comprometidos con la verdad, ni todo lo que se hace en los medios oficiales es basura propagandística, como se la suele calificar.

Y concluyamos: «... el sello distintivo de la época en que vivimos es que suele haber una corriente principal de ortodoxia oficial y mediática», dice Said, y a renglón seguido: «cada situación alberga también una disputa entre, por una parte, una poderosa red de intereses y, por otra, otros intereses menos poderosos amenazados con la frustración, el silencio, la asimilación o la extinción a manos de los poderosos» (*op. cit.*, p. 161). Si esto fuera siempre y en todas las circunstancias cierto, las cosas serían bastante sencillas. En un lado estaríamos nosotros y en el otro ellos. O lo que es lo mismo, unas opciones promueven la justicia social y económica, favoreciendo al mismo tiempo el desarrollo cultural, político, intelectual y económico, opciones que, ni qué decir tiene, son siempre las nuestras, mientras que las de ellos solo buscan el enriquecimiento personal a toda costa. Una explicación ésta, si es que puede llamarse explicación a algo tan pedestre, que, más o menos maquillada, y mejor o peor argumentada, sigue estando en circulación y exaltando los ánimos de los ciudadanos. Pero si decimos que muchas injusticias se cometen en nombre de la libertad, podemos caer fácilmente en la demagogia. Términos como *democracia*, *justicia* y *libertad* deben manejarse con sumo cuidado, y en una sociedad multicultural como define Said a nuestra sociedad seguramente con razón, todavía más. No podemos supeditarlos unos a otros sin correr el riesgo de tergiversarlos, pero tampoco son términos independientes entre sí. Por lo demás son términos que no han significado siempre lo mismo a lo largo de la historia, precisamente porque dependen de la historia. Considerar al intelectual como una especie de conciencia de la sociedad es una seductora y consoladora idea, una idea romántica en un mundo que, hay que reconocer, dejó hace tiempo de ser romántico. Tal vez el mismo tiempo

que abandonó el humanismo. La alternativa parece que no está en elegir entre dos términos opuestos como generalmente se piensa, sino en resolver la contradicción de los términos. O, lo que muchas veces es lo mismo, en aceptar la contradicción como nuestra condición más íntima, y aprender a vivir en paz con ella.

M. A.

